

# Personalismo y populismo: dos visiones de la democracia<sup>1</sup>

Juan Manuel Burgos \*

## 1. El malestar de la democracia

Dos libros recientes con el mismo título, el malestar de la democracia, uno escrito por el español Víctor Pérez Díaz<sup>2</sup> y otro por el italiano Carlo Galli<sup>3</sup>, pueden servir para introducirnos en el complejo y polimorfo mundo del populismo. La democracia (moderna) es, sin duda, una de las grandes aportaciones al mundo de la cultura occidental, y buena prueba de ello es el elevado número de países que la han adoptado, además de su elevado prestigio institucional y ético. Resulta muy difícil, hoy en día, que algún país cuestione abiertamente la validez del modelo democrático y realice propuestas alternativas. Pero si, en los años 60, 70 u 80 (dependiendo de los países) esta valoración de la democracia venía acompañado de un fervor entusiasta, de una honda alegría social, hoy la actitud general ha cambiado notablemente dando paso, según los casos, a una resignada aceptación, a una discreta decepción o a una abierta crítica a sus límites, aunque, todavía no, a su validez teórica o ideal. ¿Cuáles son los motivos que han transformado el entusiasmo en malestar y decepción, el fervor en desencanto?<sup>4</sup>

Es comúnmente aceptado que la democracia consiste en el autogobierno de los ciudadanos que se configura través del voto, gracias al cual se eligen los representantes que formarán parte de los órganos de gobierno donde se tomarán las decisiones sobre el país. De este modo, relativamente indirecto, el pueblo se gobierna a sí mismo gracias a sus representantes, a los que elige directamente. Este sistema de gobierno –mucho más complejo, evidentemente- parece, sin embargo, a juicio de muchos, estar sufriendo una transformación negativa, un importante deterioro en varias direcciones. Por un lado, se tiene la impresión de que la delegación del poder del pueblo en un representante está convirtiendo a ese mismo pueblo en un mero asistente pasivo de su destino. La democracia, como tal, existiría en el momento del voto, pero *solo ahí* porque el ciudadano no intervendría posteriormente en ninguna decisión de gobierno hasta que volviese a actuar de nuevo con sus voto en las siguientes elecciones.

Pero, en realidad, ni siquiera es tan evidente que el ciudadano siga poseyendo esa capacidad de decisión, entre otras cosas porque los representantes del pueblo se organizan

---

<sup>1</sup> Publicado en R. Casales, R. Sánchez y J. O. Real (coord.), *La vitalidad del personalismo. Nuevos retos y perspectivas*, UPAEP. México 2018, pp. 331-344. ISBN: 978-607-8093-93-9.

\* Asociación Española de Personalismo.

<sup>2</sup> Pérez Díaz, V., *El malestar de la democracia*, Crítica, Madrid 2008.

<sup>3</sup> Galli, C., *Il dissaggio della democrazia*, Einaudi, Torino 2011.

<sup>4</sup> Una propuesta de renovación en Cuenca, R.C., Gadea, W.F., Perkins, D.A. (coord.), *Hacia una (re)conceptualización de la democracia*, UTPL, Sevilla 2017.

en partidos, y estos se han convertido en endogámicos gestores del poder, han eliminado la democracia interna y gobiernan en favor de aquellos que les financian o les proporcionan beneficios de forma directa o indirecta: las élites económicas. Este hecho quedó muy claro en la tremenda crisis económica que el mundo sufrió hace unos diez años y, especialmente, en el modo cómo, a través de esas crisis, los ricos se hicieron más ricos y los pobres se hicieron más pobres. Particularmente sangrante resultó que directivos de entidades *quebradas*, que dejaron a miles de personas en la calle por su mala gestión, ganaron más dinero que nunca gracias a sus contratos blindados. Todo esto puede resultar provocador e indignante pero los actuales críticos de la democracia consideran que no es más que *un aspecto* de la alianza entre la democracia partidista y el capitalismo. El capitalismo no solo financia los partidos; *también* controla los medios de comunicación, decisivos en los procesos electorales. Cabe entonces preguntarse: ¿Qué queda realmente de la democracia? ¿Tiene el pueblo hoy en día la posibilidad real de invertir las decisiones tomadas por el gobierno en unas nuevas elecciones? ¿O el proceso electoral está tan condicionado por el sistema de poder que solo será posible elegir, eso sí, democráticamente, a quien ese mismo sistema haya determinado previamente?

No queremos extendernos en el registro de las críticas y decepciones. Lo dicho nos parece suficiente para mostrar las razones de la *desafección actual por la democracia*. Esta constituye un precioso modelo de referencia, un ideal de convivencia que ha funcionado correctamente en Europa durante algunas décadas; pero, lamentablemente, el sistema se ha pervertido o, al menos, deteriorado profundamente.

## 2. Populismo y populismos

Este es el contexto en el que surge el populismo contemporáneo, una realidad tremendamente polidrica y, por tanto, difícil de aferrar<sup>5</sup>. Se pueden identificar, con sólidas razones, populismos de derechas, como quizás, el de Donald Trump, y seguramente el de Le Pen; y populismos de izquierdas como el de Podemos. Populismos comunistas, como Fidel Castro, de quien dijo Nikita Kruschov “Yo no sé si Fidel es comunista, pero sí sé que yo soy fidelista”, y populismos más moderados como los de Ecuador y, quizá, probablemente, del último Evo Morales. Populismos antiguos con el de Perón o populismos evolucionados sustentados en las más sofisticadas técnicas de control de las redes sociales. Nosotros vamos a ocuparnos de este último, del populismo más reciente. Un populismo posmoderno, que guarda muchas similitudes con otros populismos pero que posee rasgos propios como su capacidad de moverse como pez en el agua en la sociedad multicultural y globalizada, en la que es capaz de encontrar los nutrientes con los que transformarse en un movimiento político. ¿Qué busca, cómo actúa, a qué aspira este populismo posmoderno?

Ante todo, hay que indicar que se trata de un movimiento relativamente novedoso, por lo que resulta complejo encuadrarlo en la clásica identificación de derechas e izquierdas.

---

<sup>5</sup> Un detallado recorrido (unos 15 países) por el policromo espectro del populismo actual lo proporciona Vargas Llosa, A., (coord.), *El estallido del populismo*, Planeta, Barcelona 2017.

Los populismos de izquierda más modernos, como el de Podemos en España<sup>6</sup>, han roto con el comunismo tradicional, hecho que quedó simbolizado en la lucha y posterior absorción de Izquierda Unida, el partido Comunista español, por Podemos. El populismo, en efecto, se diferencia del comunismo en aspectos importantes. Ante todo, no asume la existencia de clases sociales en la transversal sociedad posmoderna y, de hecho, sus miembros no pertenecen a un grupo social particular. Además, valora negativamente que el comunismo estuviera duramente mucho tiempo al servicio de poderes extranjeros, en particular de la Unión Soviética. No construye su proyecto político a partir de un pueblo o de una clase ya existente, el proletariado, sino que pretende *construir* ese pueblo (ya no una clase) que todavía no existe aprovechando la cultura y la tecnología contemporánea, un asunto sobre el que volveremos. Cabe apuntar también, por último, un aspecto muy relevante: su horizonte democrático, más flexible, menos “esencialista” y menos subversivo que el comunismo. El populismo no posee una base teórica tan sólida como el marxismo pero tampoco está preocupado por ella, lo cual no supone que desprecie la reflexión ni cuente con teóricos importantes, como ha señalado Villacañas<sup>7</sup>. Pero le interesa mucho más la obtención del poder que el seguimiento rígido de una doctrina lo que, por otra parte, resulta prácticamente imposible en una sociedad tan cambiante y móvil como la contemporánea<sup>8</sup>. Por eso no tiene miedo de adaptarse o modificar algunas de sus premisas siempre que le permitan acercarse al poder. Y, coherentemente, tampoco pretende alcanzar la dictadura del proletariado. Lo que busca es una transformación populista de la democracia guiada por un líder que conoce los deseos del pueblo.

Los populismos de “derechas”, sin compartir los orígenes o la filiación marxista, poseen unos postulados similares. Buscan responder al malestar de la democracia, al gobierno de las élites y para las élites, al alejamiento de las estructuras de poder de los auténticos deseos del pueblo, y promueven un líder capaz de enfrentarse a esos dilemas. Un líder que conoce lo que el pueblo necesita. Son, todos ellos, rasgos muy fáciles de identificar en los discursos de Le Pen o Trump. Es muy conocido, en este último, su defensa del ahora famoso “hombre blanco pobre de la América profunda”, su lucha contra la deslocalización para salvar el empleo de esas zonas o la promoción estatal de construcción de infraestructuras. Ahora bien, lo peculiar de estas propuestas es que son *tesis de corte socialista*, no liberal, lo que le ha permitido conseguir parte del tradicional electorado demócrata<sup>9</sup>. Trump, además, en otro rasgo típicamente populista, se ha enfrentado abiertamente contra todo el anquilosado sistema de poder en Washington y con el de su propio partido, el Republicano. Que, en realidad, y como es sabido, no es en verdad su partido puesto que Trump fue donante durante años del partido Demócrata y amigo personal de los Clinton. Su conexión con el partido Republicano solo está construida para

---

<sup>6</sup> Fernández Liria, uno de los ideólogos de Podemos (aunque de la línea perdedera de Errejón), al criticar algunos rasgos del populismo de izquierdas apuesta en esa dirección. “Como no vale la democracia a secas, se inventa la democracia radical, participativa o asamblearia, se hacen cantos al mandato imperativo y se abomina de la idea de representación. Pero el populismo fascista está haciendo exactamente lo mismo y, en este sentido, no hay forma de distinguirlo mas que por cuestiones morales, tribales o, en fin, religiosas” (Fernández Liria, C., *En defensa del populismo*, Catarata, Madrid 2016, p. 110).

<sup>7</sup> Cfr. Villacañas, J. L., *Populismo*, La Huerta Grande, Madrid 2015.

<sup>8</sup> Por eso resulta frecuente el recurso a Gramsci, pero abandonando el esquema de la subversión.

<sup>9</sup> Un interesante análisis en Vargas Llosa, A., *El caso Trump*, en Vargas Llosa, A., (coord.), *El estallido del populismo*, cit., pp. 25-50.

acceder al poder en contra los deseos del propio partido que solo se avino a reconocerlo como líder una vez que se impuso de modo incuestionable en las primarias.

Tenemos ya, por tanto, una primera aproximación al populismo. Pero debemos ir más allá e intentar establecer con más profundidad los rasgos esenciales de estos movimientos políticos. Comenzaremos por uno ya mencionado: la construcción del pueblo.

### 3. La construcción del pueblo

El populismo parte de un malestar difuso, de necesidades materiales, sociales o culturales, de carencias que los individuos perciben individualmente o como miembros de una comunidad. Estas carencias pueden ser mayores o menores, pero, subjetivamente pueden ser sentidas como graves. Un catalán puede vivir muy con amplios estándares de bienestar, pero sentir que se le sustraen los derechos a vivir como una nación; el blanco pobre de la América profunda probablemente no esté sumido en la marginalidad, pero si compara su situación con los momentos del esplendor industrial americano, de la plenitud de su ciudad de toda la vida, pueden considerar miserable su situación actual; el francés que, al pasear por un barrio de su ciudad, siente la sensación de encontrarse en un país musulmán puede enojarse, considerar que le están robando su tierra y generar sentimientos xenófobos o, por lo menos, contrarios a la emigración; y el español de clase media al que la crisis económica ha destruido su patrimonio mientras las élites corruptas se enriquecen, es un miembro potencial o activo de los indignados.

Ahora bien, *ninguno de estos sectores forma realmente un pueblo*. El catalán independentista convive con un porcentaje al menos similar de catalanes que no lo son; el americano blanco pobre habita en un país con un índice de paro en torno al 5%; el francés contrario a la inmigración convive con otros de sentimientos contrarios y el español de clase media empobrecido no representa más que a un porcentaje relativamente pequeño de la población. Pero que se trate de problemas sectoriales o parciales no anula su existencia. Los problemas están ahí, son graves y no se resuelven porque los gobernantes están preocupados amasando dinero o contentando a las élites que los financian.

Este es el caldo de cultivo del populismo. Aquí es dónde nace. En este malestar ciudadano no resuelto; en estos problemas, más o menos graves, más o menos profundos, que las sociedades contemporáneas experimentan mientras las clases dirigentes parecen ocupadas en servir al poder económico y financiero, sin que las instituciones, parasitadas por esos mismos poderes, puedan o quieran evitarlo. El populismo se presenta en este contexto como la voz de la indignación, como la forma política de rebelión ante la injusticia que busca verdaderamente superar estos problemas, a diferencia de las estructuras políticas antiguas, acartonadas y endogámicas que solo pretenden sobrevivir a cualquier precio, incluido el bienestar de los ciudadanos.

Pero hay una dificultad estratégica importante. Por graves que sean estos problemas, por muy radicados que se encuentren, suelen ser *sectoriales*. No reflejan la situación del conjunto de la sociedad, de todo el país o la nación, sino solo de un sector determinado, más o menos amplio, más o menos agraviado. Para el populismo se trata de un problema ciertamente grave, porque si los problemas afectan solo a una parte limitada de la sociedad, el porcentaje de voto que se puede alcanzar nunca permitirá alcanzar el poder. El movimiento populista nunca llegará a ser hegemónico y el problema se perpetuará. Nunca se podrá alcanzar la cuota de poder suficiente para desalojar a las élites de los órganos de

gobierno y erradicar las injusticias existentes. Solo cabe una solución: *la ampliación del malestar* o, en otros términos, *la construcción de un pueblo agraviado* que posea una base social suficientemente amplia para alcanzar la hegemonía política y social.

Esta es, debe ser, la principal tarea del populismo que sigue, para lograrla, al menos dos caminos: *la acumulación de malestares* y *la ingeniería cultural*. El primer camino es, en teoría el más sencillo. Acumular malestares sectoriales como, por ejemplo, las denominadas “mareas” en España, que representaban al malestar de grupos sociales muy variados: los funcionarios, el personal sanitario, los becarios universitarios, etc. La suma total de esos malestares, piensa el populismo, podría dar lugar a una posición hegemónica que, a su vez, podría traducirse en una mayoría parlamentaria. Pero no siempre es fácil acumular y asimilar esos malestares, ya que sus pesares pueden tener incluso soluciones contrapuestas. Por eso, normalmente es necesaria una ingeniería social y cultural, el segundo camino, que aúne emocionalmente, más que teórica o prácticamente, a esos sectores sociales diversos. Se formaría así lo que Lassalle ha llamado “el proletariado emocional”<sup>10</sup>, una nueva “clase” social cuya identidad no viene dada por el tipo de trabajo o la condición económica, sino por su condición de agraviado social, por ser sujeto de injusticia y de opresión.

Ahora bien, todavía falta un elemento para la adecuada construcción de esta “nueva clase”: un oponente unitario que agrupe la difusa animadversión. Porque si este no existiera, la “clase” se disolvería en agravios sectoriales que cada grupo intentaría resolver por su cuenta. Por eso, la construcción del pueblo se basa sobre la separación entre un difuso “ellos”, poderoso y negativo; y un también difuso, pero opuesto, “nosotros” agraviado y sediento de justicia. En otros términos, *la construcción populista del pueblo necesita enemigos*.

Es así como, por ejemplo, en Cataluña se asiste a una historia de España dividida entre catalanes buenos y españoles malos y opresores; se repite hasta la saciedad que “España nos roba” o se recuerdan solo los episodios del pasado que separan y no los que unen, comenzando por la voluntaria unión de Castilla y Aragón hace 500 años<sup>11</sup>. Es así como Podemos postula la existencia de una “casta” indefinida pero real, cuyo único objetivo consiste en mantener y perpetuar sus privilegios y que, por tanto, es la oculta pero eficaz causa de *todos* los malestares sociales.

El populismo posmoderno construye este nuevo pueblo emocional gracias, en buena medida, a las redes sociales. Las redes son abiertas, disponibles y democráticas, y su enorme influencia escapa al control del poder establecido, incluido el de los medios de comunicación tradicionales. Es, probablemente, el fenómeno más notable de la campaña de Trump, que se ha hecho con el poder a pesar de la oposición radical de la inmensa mayoría de los medios de comunicación americanos, empezando por los poderosísimos CNN, New York Times y Washington Post. La cruda realidad es que Internet ha podido con todos ellos y ha impuesto su verdad -o sea, la posverdad- a través de Facebook y Twitter creando un pueblo emocional agraviado que ha votado a Donald Trump.

---

<sup>10</sup> Cfr. Lassalle, J. M., *Contra el populismo. Cartografía de un totalitarismo posmoderno*, Debate, Barcelona 2017, cap. 5: “El proletariado emocional”.

<sup>11</sup> O, dando un paso más, se falsea la historia, como han señalado hispanistas del peso de Stanley G. Payne o J. H. Elliott.

#### 4. El líder necesario

La construcción emocional del pueblo populista es una empresa complicada. Ya hemos advertido que los intereses de los sectores sociales que deben conformarla pueden ser muy distintos, o incluso contrapuestos. El hombre blanco de la América profunda o el católico agraviado por las decisiones de la administración Obama; el funcionario español machacado por los recortes de la administración del Partido Popular, el universitario preparado que, a pesar de ello, se encuentra sin trabajo ni perspectivas de progreso y el microempesario cuya empresa ha quebrado por falta de crédito: ¿tienen intereses comunes más allá de su indignación? ¿Cómo unificar esos malestares, esos agravios, esas carencias? No basta la ingeniería social ni la creación del enemigo común, “la casta”, “la trama”, “los españoles opresores”, “las multinacionales”, o “el sistema financiero mundial”. Estas referencias sirven como enemigo emocional, como muñeco de paja en el que descargar una agresividad quizás justificada. Pero en la política hay que tomar decisiones, que, por ser inevitablemente concretas no van a contentar a todos, lo que puede dar al traste con la construcción emocional del pueblo, con su unidad y con el proyecto populista.

Solo cabe una solución, la unificación o, mejor, identificación del proyecto de construcción popular con un *líder personal*, con una persona real y concreta que unifique en sí mismo la heterogeneidad, diversidad o incluso contradicción de los malestares. El proyecto populista puede crear al líder, o bien el líder puede crear el proyecto populista, o bien ambos pueden ir de la mano. La política no conoce las líneas rectas. Pero sí parece que el movimiento populista *necesita estructuralmente*, a diferencia de otros proyectos políticos de corte más tradicional, un líder *carismático* capaz de unificar en su persona todos los malestares; un líder que encarne visiblemente al pueblo emocional<sup>12</sup>.

Subrayamos que el líder debe ser *carismático* porque todos los proyectos políticos o de transformación social necesitan algún tipo de liderazgo, alguien que unifique voluntades, emociones y deseos; que dirija y coordine la toma de decisiones. Muchos líderes occidentales cumplen, con mayor o menor brillo o lucidez, este papel. Pero, cuando el votante da la espalda a ese líder, es sustituido por otro que cumple, también con mayor o menor brillo o lucidez, el mismo papel. Sin embargo, esto no es posible o, al menos, no es posible con la misma rutinaria sencillez, en los movimientos populistas porque el pueblo que se ha construido es una realidad emocional no racional. Es más, el análisis racional no es posible o está mucho más limitado porque conduciría a la diferenciación de intereses, a soluciones parciales, a la determinación de sectores sociales específicos que, como hemos dicho, quebrarían la unidad emocional del pueblo y la distinción, políticamente imprescindible, entre el “ellos” y el “nosotros”, entre la casta oligarca y el pueblo que se le opone.

Por eso, de algún modo, el líder debe estar por encima de la crítica. Es evidente que una elusión absoluta de la crítica, en política, no es posible. A menos que el líder haya transformado la democracia en un sistema dictatorial como es el caso de Maduro. Mientras esto no suceda -aunque puede ser una tendencia latente en todo líder carismático-, el líder

---

<sup>12</sup> Los rasgos típicos del líder populista aparecen de manera bastante uniforme en muchos de ellos, por más que sus países puedan ser diferentes. Cfr., por ejemplo, Krauze, E., *Los redentores no cambian*, sobre López Obrador; Ramírez, S., *Una fábrica de espejismos*, sobre Daniel Ortega o Lechín, J. C., *Evo Morales, monarquía plebeya o monarquía lumpen*. Todos ellos en la obra ya citada: Vargas Llosa, A., (coord.), *El estallido del populismo*.

carismático deberá soportar cierto nivel de críticas internas pero dispondrá de un amplio poder de decisión por parte de su movimiento político y de un margen mucho mayor de lo habitual por lo que toca a la justificación de sus errores o arbitrariedades. *Porque tocar al líder es tocar a todo el movimiento* y, por tanto, en cierta manera, el fin justifica los medios<sup>13</sup>. Sucede que, de *hecho*, solo ese líder personal, con nombre y apellidos –se llame Trump, Pablo Iglesias o Maduro- es el que posee la capacidad personal y, por lo tanto, *única*, de construir el pueblo, de unificar tendencias y malestares que, de otro modo, correrían desbocadas en dirección opuestas disgregándose e impidiendo la formación de una propuesta hegemónica. El líder carismático *no puede ser sustituido* y, por tanto, debe ser preservado. Y sus errores y arbitrariedades, cuando las haya, se deben cubrir con la capa de Noé.

#### 4. La deconstrucción institucional

Todavía hay otro problema: las instituciones. Ya hemos visto que, en su forma teórica, pueden presentarse como instrumentos políticos moderados, eficaces y respetuosos con el ciudadano. Pero el populismo considera que la práctica es muy diferente. Han sido fagocitadas por las élites y están a su servicio. Han traicionado sus principios inspiradores. No sirven al pueblo. No son la voluntad del pueblo sino la de los poderes dominantes: la casta o la trama, el sistema. Por eso deben ser modificadas, reformadas, transformadas. Deben ser deconstruidas y puestas al servicio del movimiento populista y de su líder.

No podemos tratar con detalle este proceso de deconstrucción pero podemos detenernos en uno de sus supuestos: la apuesta por la supresión de la representación, factible gracias a la tecnología. Uno de los argumentos en favor de la democracia representativa se funda en la imposibilidad de la democracia directa en las grandes sociedades. Atenas en la antigüedad o, quizás, modernamente, Suiza, podían o pueden permitirse el lujo de la democracia directa. Pero, se argumenta, esta es simplemente imposible en naciones o ciudades compuestas por millones de personas. La tecnología, sin embargo, obvia, de hecho, este problema. Permite, cada vez de manera más eficaz, una democracia directa. Y el populismo –por ejemplo, el populismo de Podemos y sus derivados- ha activado con creatividad esta nueva posibilidad. En los comienzos de este movimiento todo debía ser decidido en asamblea y, cuando este procedimiento devino imposible por su gran crecimiento, la asamblea se hizo virtual, electrónica. Así es cómo elaboraron sus Estatutos.

Esto supone, como ya indicamos en su momento, que los populismos posmodernos – al menos aquellos a los que nos estamos refiriendo- continúan siendo democráticos. Son solo moderadamente subversivos, no revolucionarios en el sentido clásico. “Debemos ser, sostiene Fernández Liria, revolucionarios en lo económico, reformistas en lo institucional y conservadores en lo antropológico”<sup>14</sup>. El auténtico enemigo es el capitalismo. Las instituciones democráticas deben ser reformadas pero no eliminadas, porque se trata de que gobierne realmente el pueblo y la democracia consiste en eso. ¿Cómo lograrlo? Eliminando parte –solo parte- del complejo entramado institucional construido por las democracias

---

<sup>13</sup> “Su identidad está más allá de toda verificación, de eso que en política se llama responsabilidad” (Villacañas, J. L., *Populismo*, cit., p. 80). Y, por eso, está prácticamente asegurada la existencia de un componente narcisista en su personalidad.

<sup>14</sup> Cfr. Fernández Liria, C., *En defensa del populismo*, cit., p. 98

contemporáneas para que el poder fluya libremente: del pueblo al poder, y del poder al pueblo; en un movimiento de flujo y reflujo libre y sin trabas; sin la mediación de los poderes económicos y financieros que, atrincherados en las instituciones, impiden el ejercicio de la democracia real. La tecnología también aquí obra milagros, porque permite la comunicación directa, a golpe de twitt, entre el pueblo y el poder, es decir, el líder. De este modo, el pueblo emocional está construido y en marcha.

El carácter no radicalmente subversivo del populismo impone, de todos modos, una compleja *dialéctica* con las instituciones. Sabemos que el comunismo buscaba su eliminación<sup>15</sup>. Pero el populismo (posmoderno) no lo pretende porque entiende que el sistema se desmoronaría. Y no prevén un sistema alternativo. Por eso, el sistema debe ser *criticado y salvado simultáneamente*, en las dosis adecuadas. La hoguera debe tener leña suficiente para que se mantenga encendido el fuego de la subversión, de la protesta, del malestar. Pero no tanta para que la casa se queme. Un equilibrio difícil que el líder carismático suele ser capaz de lograr gracias a la habilidad política que le caracteriza ya que, de otro modo, no estaría en esa posición.

El populismo, en definitiva, habita en una crítica y dependencia del sistema que, paradójicamente, tiene que mantenerse *en el caso de acceder al poder*.

Podría pensarse, en efecto, que el acceso al poder debería conducir a una profunda y equilibrada reforma institucional que acabase con los reales o presuntos males del sistema democrático vigente. Pero esto supondría, automáticamente, la muerte del populismo, porque los agravios desaparecerían, el malestar global se disolvería y el líder perdería su función unitaria y simbólica. *El enemigo también es necesario en el poder*. Fidel Castro encontró en los Estados Unidos un enemigo excepcionalmente eficaz para mantener al pueblo continuamente en marcha, para que la Revolución nunca se detuviera y él, como Líder Supremo, tomara las decisiones más adecuadas para el pueblo cubano. Y una de esas decisiones fue la construcción de un orden nuevo que él gestionaba a su placer. En los populismos posmodernos, sin embargo, las cosas pueden resultar más complejas, ya que el sistema democrático debe ser reformado pero mantenido. Por eso puede resultar posible, como ha sucedido en Venezuela, que los antiguos y obsoletos mecanismos liberales consideren que, en realidad no son tan antiguos y obsoletos, que representan auténticamente al pueblo y se nieguen a ser reformados. En estas situaciones, el populismo responde debilitando el sistema mediante la creación de *entidades paralelas* que priven a las antiguas de su poder, generalmente mediante procedimientos legales forzados o, cuando menos, arbitrarios. Y, en último caso, como acaba de suceder recientemente en Venezuela, con la eliminación total de las anteriores si continúan resistiendo. Eso sí, siempre bajo el paraguas de una presunto sistema democrático basado en algún tipo de aval institucional.

## 6. El hombre populista

El hombre populista, sin duda, está impulsado, por un honesto deseo de cambio y por un legítimo rechazo de las corruptelas, vicios y defectos acumulados en el sistema democrático vigente. Pero también hay aspectos oscuros. Ante todo no hay más remedio que constatar que las carencias, los desafueros, las necesidades no satisfechas siempre han

---

<sup>15</sup> Y su posterior sustitución por otras colectivistas, evidentemente.



existido y existirán. El populismo no se resigna a esta constancia histórica, y denuncia con fuerza los problemas. Pero, además, *exige que se resuelvan ya, en el momento*. Y cuando esto no sucede, hecho que no será infrecuente dada la condición humana, apela a la trama, a la casta, y a oscuras conspiraciones para justificarlo. Con lo que la indignación crece, pero quizás de modo inauténtico. Esta actitud parece sugerir que el hombre populista está afectado por el afán consumista característico de nuestra sociedad y por la cada vez menor capacidad de frustración ante el fracaso, ante la negación. Los deseos (malestares, carencias) deben ser satisfechos, hoy, ahora, con la rapidez de respuesta a la que nos ha acostumbrado Internet. Y si esto no es posible, si se niega esa satisfacción, el hombre populista se considera autorizado a emplear los medios que considere adecuados para alcanzarla, incluso si, para ello, hay que romper reglas, preceptos o costumbres. El populismo tiene, sin duda, un factor *adolescente*.

Un factor que el inteligente líder carismático conoce y aprovecha. Entre adolescencia política y *demagogia* hay un paso muy corto, que fácilmente se da. María Zambrano ha definido la demagogia como “adulación al pueblo”, añadiendo que “la adulación, al dar por definitiva la situación actual, inyecta en el ánimo de quien se trate –un pueblo o alguien determinado- que es innecesario realizar esfuerzo alguno. Se trata únicamente de ofrecer satisfacciones. Y en el caso del pueblo, de presentar una deuda secular al cobro”<sup>16</sup>. Y esta parece ser, en efecto, la actitud del hombre populista, mucho más dispuesto a cobrar que a construir, quizá porque no advierte la complejidad de los problemas y la dificultad de su resolución; porque no valora suficientemente el esfuerzo de los que le precedieron. Que los problemas persistan en el tiempo no es siempre el resultado de la maldad, la corrupción o la impericia. Algunos problemas persisten por su dificultad intrínseca. Y solo con esfuerzo, inteligencia y trabajo conjunto podrán ser superados. Pero, ¿apuesta el populismo por construir una nueva sociedad con trabajo, cooperación y paciencia?, ¿o por la cómoda y simplista división del “ellos” y “nosotros”?

La construcción emocional del pueblo populista dificulta los planteamientos cooperativos y constructivos pues su unidad emotiva se funda en la beligerancia. No procede de un análisis racional de lo que acontece sino de la amplificación de un malestar difuso al que no cabe –y no se debe- dar respuestas concretas. Podo espacio queda entonces para la racionalidad como atestigua, por ejemplo, el problema catalán en España. ¿Qué cabe oponer a la repetición mediática y persistente desde los medios de poder y de comunicación del gobierno catalán del lema simple y contundente: “España nos roba”? Esto es la posverdad. La emoción crea el hecho, aunque este sea falso. Y las redes sociales ayudan a propagarlo hasta el punto de que un fenómeno viral en twitter o Facebook puede establecer como verdad incontrastable afirmaciones simplemente delirantes. En las recientes elecciones americanas –en el fenómeno conocido como *pizzagate*- se afirmó que Hillary Clinton coordinaba una red de pederastas a través de una cadena de pizzerías. La afirmación se hizo viral y un voluntarioso Don Quijote moderno acabó entrando con una metralleta en una abarrotada pizzería familiar para liberar a los niños que supuestamente estaban siendo explotados en la trastienda. No encontró nada, por supuesto; pero la emoción ya estaba creada, y es muy probable que su negación fáctica no consiguiera erradicarla completamente. Por eso, algunos pensadores, como Villacañas, han tratado con dureza al hombre populista. Son sujetos, afirma, que renuncian a su yo ideal y lo permutan

---

<sup>16</sup> Zambrano, M., *Persona y democracia. La historia sacrificial*, Anthropos, Barcelona 1988, p. 143.

por el ideal del grupo corporizado en el líder. En ellos, “sujeto narcisista y sujeto real están muy cerca el uno del otro”<sup>17</sup>.

Probablemente esta actitud no puede ser generalizada, pero tampoco es una excepción, como confirma, por ejemplo, los casos de troleo en Internet cuando se critican determinadas posturas de Podemos o de su líder. Lo cual conduce a postular *una extraña y paradójica alianza* entre dos enemigos irreconciliables: el capitalismo y el populismo. El sujeto populista se adhiere al proyecto populista mediante un proceso prioritariamente emocional que debilita la carga racional y la crítica al líder, lo que solo resulta posible si se trata de un sujeto sin un yo ideal fuerte, sin capacidad de autodistanciamiento y de crítica de sus propias elaboraciones; sin capacidad, también, de reaccionar moderadamente ante la frustración o el fracaso. Pero resulta, paradójicamente, que estos valores también son ajenos al neoliberalismo al que no le interesan sujetos críticos y con voluntad fuerte resistentes a los reclamos publicitarios. Le convienen mucho más los hombres superficiales atentos a sus intereses inmediatos, con escasa capacidad de esfuerzo y voluntad débil. Y así se cierra este extraño círculo que conlleva, como indica Villacañas, que “cuanto más triunfe el neoliberalismo como régimen social, más probabilidades tiene el populismo de triunfar como régimen político”<sup>18</sup>.

## **7. Reconstruir la democracia: persona y política**

El análisis realizado hasta el momento incluye ya una cierta valoración del populismo. Pero debemos ir más allá, ser más explícitos y, también, proponer alternativas.

Es forzoso reconocer, en primer lugar, que el populismo tiene en su haber buenas intenciones y buenas razones. Es una respuesta política estructurada a situaciones de flagrante injusticia social, a desajustes de la democracia, a la corrupción endémica de los partidos, a la financierización de la economía que ataca a las personas y a las empresas productivas, etc. Tiene en su haber también una revitalización de la actividad política por su capacidad de implicar a nuevas generaciones en el debate público, de fomentar su participación activa atrayéndolas a través de propuestas políticas innovadoras como la alianza entre tecnología y democracia. Pero quizá no tiene mucho más. Y no parece suficiente.

Es cierto que la detección y denuncia de los problemas por parte del populismo puede ser certera; pero los diagnósticos y las soluciones son tremendamente simplistas. No cabe duda, por ejemplo, de que el capitalismo es el causante de la reciente crisis financiera que tantos problemas ha causado al conjunto de la humanidad. Pero, ¿significa esto que todo el capitalismo, en sí, es un problema? ¿Qué es el enemigo? ¿Significa que el sistema de mercado debe ser derruido? Y, en ese caso, ¿qué lo sustituiría? Además, ¿es que acaso los populistas no usan tarjeta de crédito o compran en los hipermercados?, ¿no utilizan la tecnología a bajo precio o los viajes low-cost que solo es capaz de ofrecer el capitalismo? Si se desea ser anticapitalista, se debe serlo con todas las consecuencias. No vale un cómodo capitalista de denuncia que eleve la autoestima de narcisista indignado si no se renuncia a lo que el capitalismo aporta.

---

<sup>17</sup> Cfr. Villacañas, J. L., *Populismo*, cit., p. 98.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 105.

También hay que anotar que el populismo tiene genes autoritarios y sectarios. Y no solo por la existencia del líder carismático, sino por la necesidad de dividir la sociedad en “ellos” y “nosotros”, en pueblo y casta, en buenos y malos. Una división estratégicamente imprecisa, que facilita su adaptación a conveniencia a los avatares políticos. Ayer, en España, el PSOE formaba parte de la casta que había que eliminar a toda costa; hoy es un grupo político compuesto por compañeros y compañeras involucrados en el cambio social. Las alianzas de poder mandan. Pero este planteamiento es profundamente contrario a la esencia de la democracia ya que comporta, como reconoce Laclau, uno de sus principales ideólogos, que un sector social “no pueda ser una parte legítima de la comunidad”<sup>19</sup>.

Tampoco parece que las relaciones del líder carismático con la democracia puedan ser excelentes. Puesto que sólo él encarna al pueblo, sólo él sabe lo que realmente desea y sólo él es capaz de tomar las decisiones adecuadas: ¿qué lugar queda para las instituciones, para el resto de poderes? No afirmamos que todo líder carismático sea automáticamente autoritario. Afirmamos que puede serlo, lo cual es malo o, quizás, muy malo, al introducir peligrosas incertidumbres en el caso de que se haga con el poder. ¿Respetará el líder populista a esa difusa casta que puede incluir los sectores sociales que él decida y que, por tanto, pueden coincidir con grupos sociales molestos, opositores o diversos? ¿La tratará en régimen de paridad con el pueblo, con el “auténtico” pueblo que él representa?

Una vez y otra, volvemos siempre al mismo punto: la democracia. Al comienzo de esta conferencia hemos apuntado los problemas de este sistema de gobierno que habrían dado lugar a los movimientos populistas. Pero, cabe preguntarse: ¿es este malestar tan evidente? ¿Está la democracia tan enferma? Y, sobre todo, ¿es posible sustituirla por algo mejor? Como comenta Fernández Liria, un populista razonable (difícil equilibrio), la democracia contemporánea es el resultado de siglos de esfuerzo en los que la inteligencia política humana ha vuelto una y otra vez sobre sus errores hasta construir un complejo entramado basado en el equilibrio de poderes con el que se busca el imperio de la ley, el denominado Estado de Derecho<sup>20</sup>. Sin duda este sistema tiene sus fallos, como toda construcción humana. Y deben ser subsanados. Pero no caben las soluciones simplistas ni el adanismo. Ha costado mucho llegar hasta aquí y resultaría sorprendente que, en un abrir y cerrar de ojos, se encontraran alternativas que, como por ensalmo, resolvieran los problemas existentes.

Retomemos la propuesta populista de abandonar la representación política y volver a la democracia directa. Se trata, sin duda, de un camino que la tecnología contemporánea ha convertido en novedoso. Y hay que explorar sus potencialidades. Pero, no nos engañemos, el valor de la representación política va mucho más allá de los aspectos numéricos o logísticos: es un procedimiento que se ha implementado sobre la base de la experiencia y cuya eficacia no ha desaparecido. El ciudadano, en efecto, no solo no puede estar continuamente tomando decisiones porque tiene otros asuntos a los que atender sino que *no está capacitado para valorar la mayoría de los asuntos políticos concretos*: ordenamientos legales, revisiones estatutarias, proyectos urbanísticos, protocolos parlamentarios, etc. etc. Por eso se nombran representantes que se dediquen a solventar con tiempo y conocimiento de causa esas cuestiones. Y, como esos representantes tampoco pueden lograrlo aisladamente, se articulan los partidos políticos.

---

<sup>19</sup> Laclau, E., *La razón populista*, FCE, Buenos Aires, 2005, p. 13.

<sup>20</sup> Fernández Liria, C., *En defensa del populismo*, cit., cap. 5: “Populismo y república”.

El sistema, por supuesto, puede corromperse y los partidos convertirse en un nido de víboras o en una cueva de ladrones. Pero *también la democracia directa es manipulable, incluso probablemente más que la representativa*. He participado en mi vida universitaria en numerosas asambleas. Y comencé lleno de ingenuidad bajo la premisa: un hombre, un voto. Pero pronto advertí que las cosas no eran tan simples. La capacidad de convicción en una asamblea numerosa y la razonabilidad de la propuesta que se defiende no siempre corren parejas. Si se pretende estudiar no siempre hay tiempo para participar en todas las asambleas que se convoquen. Las asambleas –seguramente por casualidad- pueden ser convocadas a horas intempestivas en las que los estudiantes suelen comer o, quizás, antes de un examen. También pueden convocarse una y otra vez hasta que se logre la decisión que buscan los profesionales de las asambleas, capaces generalmente de agotar al estudiante medio. No siempre es fácil saber si quién habla en la asamblea realmente tiene derecho a hacerlo porque pertenece al grupo universitario correspondiente. Y la casuística podría continuar. Es el hombre, al final, el que es manipulable. Y no existen reglas mágicas para evitarlo, aunque los sistemas democráticos lo han procurado lograr a través de reglamentaciones que reflejan la experiencia política de generaciones.

La crítica a la democracia, y concluyo, parece deberse también a una infravaloración por parte de las jóvenes generaciones<sup>21</sup>. Como el niño rico que recibe todo sin esfuerzo y se queja ante el menor deseo no satisfecho. ¿Es también el populista un niño mimado incapaz de reconocer el valor de lo que posee? Es posible. La democracia no es, sin duda, un sistema perfecto. Y la crítica, populista y no populista, debería ayudar a mejorarla. Pero no tiremos el niño con el agua sucia. No critiquemos frívolamente los fundamentos del mejor sistema de gobierno que el hombre ha diseñado hasta el momento. No minemos su credibilidad basados en la ignorancia o en la imprudencia.

Es el hombre, decíamos, el que es manipulable. Y es el hombre también donde, en última instancia, debemos buscar la solución. No podemos dejar de considerar la posibilidad de que la crisis actual de los sistemas democráticos sea, en el fondo, consecuencia directa de una crisis antropológica que disuelve los valores en que se basa la democracia. Porque, como Maritain explicó agudamente<sup>22</sup>, la democracia no es tan solo un sistema procedimental para la toma de decisiones. *Es un acuerdo político sobre los valores y criterios fundamentales de la convivencia humana* formalizado en una Constitución, en la que los procedimientos constituyen solo una pequeña parte. Y esa parte, importante pero no decisiva, se convierte en mero formalismo vacío, cuando los valores comienzan a disolverse. No parece muy arriesgado afirmar que nos encontramos en un proceso de disolución de valores, en un contexto antropológico que genera un sujeto posmoderno emocional y adolescente, pendiente de satisfacer sus gustos y con mínima capacidad de frustración<sup>23</sup>. ¿Es posible fundar sobre este sujeto una democracia sólida en la que se respeten los tiempos, los procedimientos y, sobre todo, las personas? El sujeto posmoderno no parece ciertamente muy adecuado para esa tarea, pero no compartimos una visión

---

<sup>21</sup> “La generalización de la especialización profesional y la relativización del peso humanista en la educación hacen posible que la interpretación del mundo y la experiencia del bienestar que viven las generaciones más jóvenes se desarrollen bajo parámetros muy simplistas, que favorecen la incapacidad de discriminar con patrones de complejidad los retos que enfrentamos en el presente” (Lassalle, J. M., *Contra el populismo*, cit., p. 87).

<sup>22</sup> Cfr. Maritain, J., *El hombre y el Estado*, Encuentro, Madrid 2002, cap. 5: “La carta democrática”.

<sup>23</sup> Cfr. Burgos, J. M., *Reconstruir la persona*, Palabra, Madrid 2009.

hobbesiana de la humanidad. El hombre es capaz de lo peor y también de lo mejor, aunque lo primero lo realiza sin esfuerzo y para lo segundo requiere la ayuda de la educación, de la formación, antropológica y política. Y aquí es, sin duda, donde el personalismo puede jugar un papel relevante gracias a su visión potente y positiva, pero también realista del ser humano. El hombre personalista (valga la expresión) no es superficial ni frívolo, es integral y con vocación de trascendencia, antropológica y religiosa. Por eso tuvo una notable participación en la construcción de las democracias europeas después de la tragedia de la Segunda Guerra Mundial o en la Declaración Universal de los Derechos Humanos<sup>24</sup>. Y, por eso, hoy también pueda contribuir a la reconstrucción de la democracia que, sin duda, necesitamos. Para lograrlo resulta necesario no solo una difusión lo más intensa posible de la antropología personalista, sino también un repensamiento de la política personalista en el contexto del nuevo siglo. Esta es, sin duda, una tarea pendiente<sup>25</sup>.

---

<sup>24</sup> Cfr. Papini, R., (coord.), *La idea personalista en las Constituciones Nacionales*, Fundación Humanismo y Democracia, Madrid 1982.

<sup>25</sup> Un reciente trabajo en esta dirección lo ofrece Deweer, D., *Ricoeur's personalist republicanism*, Lexington Books, London 2017.